

PERFORAR LA VIDA

UN MODO DE ENCONTRAR Y ORAR A DIOS



Antonio García Rubio

Villar del Río, 30 de Marzo.

«¡Querido Dios!

Padre, Pepa no tiene trabajo y tiene 28 años. Es licenciada en Pedagogía. Su novio, Alberto, 29 años, tiene un trabajo de treinta horas semanales en una Asociación que se mantiene de subvenciones oficiales. Mejor los conoces Tú que yo. Quieren casarse. Un piso “normalito” no les sale por menos de quince millones. Sólo cuentan con las: ochenta mil pesetas escasas que él ingresa. Ella no se cansa de hacer entrevistas de trabajo, de enviar currículos, de buscar y buscar. De vez en cuando, un trabajillo de dos meses, alguna sustitución... ¿Desesperarse? Los dos son creyentes. Los dos están implicados en tareas del Evangelio de tu Hijo. Con los dos se me han brindado la charla y la búsqueda. Con los dos se da una comunicación sencilla y transparente sobre la existencia, sobre sus agobios, sobre sus esperas, sobre la fe. En sus familias se dan otros: muchos problemas de enfermedad, de abuelos etc. Ya lo sabes. Como ellos, existen hoy montones de Jóvenes que, dejando de ser jóvenes, no encuentran trabajos ni soluciones estables para fundar sus familias.

Mi opinión quiere ser limpia. La suya también. Ellos tienen muy complicada la subsistencia. Yo, Padre, en principio, la tengo asegurada. “¿No debería estar yo al nivel de estos mis hermanos?” Esta pregunta es un modo de entrar en relación contigo esta noche, de comenzar a perforar mi corazón y el tuyo, en estos diez minutos de silencio que tengo, tras el encuen-

tro con Pepa. Perforar para que brote el sentido, la fuerza y agua pura de la vida. “Yo soy el agua viva”, nos dices Tú. Perforar para que aparezcas Tú, el Siervo Sufriente del que habla el profeta Isaías; el Crucificado, el que asumió nuestra frágil situación; el Resucitado, que reanima nuestra derrota. Al emerger Tú se serena mi corazón y, provocado por tu Espíritu, lanzo un **SOS** a tu misericordia y a mi propio corazón, para que ambos salgan al encuentro de las vidas de Pepa y de Alberto.



Perforar para que mi conciencia se alerte, se solidarice, se abra, se espabile, se active. Perforar para que mi corazón no se quede en el lamento fácil, sino para que me ponga en actitud de búsqueda, para que sepa que en medio de la noche nadie debe caminar solo, sino que nos hemos de coger de tu mano. Perforar para que brote la Fuente, el Manantial de Vida, que se esconde tras un corazón aparentemente frío y apagado. Perforar para que se aproveche bien este momento silencioso, tímido, corto, en medio de otras muchas movidas e inquietudes.

“¿No debería yo estar al nivel de mis hermanos?” Padre, te ofrezco mi vida, mi salario, mi seguridad, mi futuro. Tu Hijo se inmoló suavemente, desde su corazón de Hijo, para que todo fuera distinto, para que los hombres y las mujeres tuviéramos un nuevo sentido de las cosas. Pero seguimos encerrados en nosotros mismos. Cada uno, en esta sociedad insolidaria, ha de sacar a flote sus propios problemas. No hay solidaridad, a pesar de que todos nos llenemos la boca con semejante palabra. Déjame ser como tu Hijo. Yo quiero que Pepa y Alberto vivan dignamente, que puedan trabajar con paz y sosiego por su familia y por su futuro, por los que los rodean y por la fe. No

quiero que se pasen la vida estresados, comidos por un mundo injusto y absurdo.

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad. Dentro de un momento aguardan cuestiones externas que me ponen en riesgo de volver a sacarme de Ti. Sin embargo, ahora estoy en tu misericordia. Los hermanos sufren, y yo con ellos. No quiero vivir una situación de privilegio. Cómo me gustaría ofrecerte una inteligencia capaz de encontrar fórmulas que alentasen la vida de los seres humanos por el camino de la justicia...! Pero no parece posible. Soy pequeño. Soy un hombre de una inteligencia sencilla, acostumbrada a vivir y a hacer pequeñas cosas. Me supera este problema del paro y la inseguridad en que viven tantos hermanos.

Me consuela, Padre, hablar contigo, y querría que este consuelo llegase como paz y fortaleza hasta Pepa y Alberto, hasta todas las Pepas y Albertos que se mueven lentos y cargados de peso por nuestra sociedad. “Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré”. Conviene reposar en tu Ser para poder tomar aliento y sacar nuevos impulsos de vida. Llévalos a ellos también por este camino, hasta sumergirse en Ti.

No voy a dejar de ser quien soy; pero mi conciencia hoy se ve tocada por un nuevo deseo de servir con mayor radicalidad y austeridad. Quiero decirles a Alberto y a Pepa que soy de los suyos, que estoy con ellos, que tienen lo mío, que no es mío, para lo que necesiten. Vamos a pensar juntos y con otros a ver qué es lo que podemos hacer para salir de este atasco en el que se encuentran los jóvenes. Una cierta movilización es necesaria en esta sociedad.

Son las once y media de la noche. Aún tengo que preparar la reunión de la Junta Directiva de la Fundación de los ancianos. Tengo que cenar y departir un poco con mi madre y mis amigos. Estoy cansado, después de un día de fatigas y disgustos, pero me consuela constatar que Tú, nuevamente, has estado ahí, en el momento oportuno de la cita. Concluyo la carta. Gracias por todo.



JUEVES 14

El hecho

Acabo de dejar a Adrián en su paseo. Iba solo, como siempre. Tiene alrededor de 55 años. Está viviendo en una casa de acogida. Se siente profundamente solo. Una enfermedad mental lo tiene apartado de todos los circuitos habituales de la sociedad. Nadie se para a hablar con él. Es un marginal, un desecho. Yo venía de darme un paseo. El sol invitaba a pasear, y yo necesitaba dejar que mi ser se serenase y se sintiese en paz consigo mismo y con Dios. El día y la semana están siendo muy agitados. No sé cómo nos las arreglamos, pero todos estamos así.

Volví del paseo en las afueras del pueblo, por un camino lleno de curvas y de cantueso, cuando me he tropezado con Adrián. El primer saludo ha sido una sonrisa. Sabía que yo no iba a pasar delante de él sin saludarlo y sin pararme. Hemos conversado un buen rato. Me ha hablado de sus fragilidades, de sus problemas, de su soledad y abandono, de traumas que, según él, recibió de pequeño, del atracón de religión que se dio, de las frustraciones afectivas, de la marginación económica, hasta verse tirado en la calle y olvidado de todos, con la cabeza perdida.

He sentido una inmensa compasión por Adrián. He sentido deseos de abrazarlo, de protegerlo, de acogerlo en mis brazos como si fuesen - ¡pobres!- los brazos misericordiosos de Dios. Y no me he reprimido, lo he hecho. Él también lo ha hecho. Tenía necesidad de ser abrazado por alguien, de sentir un poco de calor humano. Hemos llorado juntos. He prestado mis brazos a tu misericordia, Señor. Ya lo he hecho en muchas otras ocasiones. Ésta es una bella manera de bendecir a un hermano. Le he susurrado al oído palabras de paz y de consuelo, de esperanza, de amor a la vida, de autoestima, de todo lo que Tú me sugerías. Tú estabas bendiciéndole.

La Palabra de Dios.

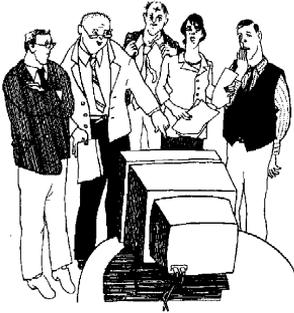
Ahora estoy en casa. He decidido dejar cinco, minutos para hablarte, Señor, de Adrián. Ésta es una de mis perforaciones. Es muy posible que no se pueda hacer con él mucho más de lo que están haciendo otros hermanos que lo cuidan. Pero hay muchos Adrianes en el mundo. Padre. Yo he querido estar un rato contigo, especialmente para ponerte a Adrián delante de Ti. Yo sé. que Tu tienes a Adrián y a todos los Adrianes delante, pero yo me siento bien si te hablo de él, si te digo que te necesita. Si te digo que has de despertar en la sociedad y en nosotros el deseo de escuchar, de valorar, de dedicar nuestro tiempo a los que están fuera de la locura de sociedad en que vivimos. Me siento feliz de que me escuches, de que me dediques tu tiempo, de que te acerques con tu Espíritu hasta un pobre tan pobre como Adrián. Yo quiero ser como él. No soy más que él. Si miro, como ahora, desde Ti, me veo mucho más pequeño que Adrián. Yo sé que Tú les prestas a ellos mucho más amor que a nosotros, los normales, los aburguesados, los seguros.

Me siento en paz y, a la vez, me siento empujado a volver al ruedo de la vida y a seguir abrazando a los Adrianes. Bendito seas, Señor. Me gustaría decirle a la humanidad entera que hemos de poner todo el empeño en amar, de tal manera que los pobres y los simples sean los primeros en beneficiarse de nuestro amor, que es el tuyo. No debería haber nada tan importante, nada que se antepusiera al amor a los sencillos, a los humildes, a los que están marginados. Y el amor se tiene que implicar hasta sus últimas consecuencias, sin necesidad de que nos irrite y nos pongamos «bordes» con otros seres humanos. Pero hemos de luchar para que a todos llegue el beneficio del amor. No son sólo carencias sociales las que tienen los que están fuera de los círculos de privilegios de este mundo capitalista; son carencias de valoración, carencias de afecto, carencias de escucha, carencias de amor...

Tengo que continuar el camino, Señor. Adrián se queda más y más, en mi corazón, tanto cómo en el tuyo. El compromiso por humanizar esta tierra sigue en pie.

LUNES 1

Situación



Cachemira, Pakistán, India. Pruebas nucleares. Horror. Odios. Disputas territoriales. Prejuicios, Abusos de poder... Son las lecturas de prensa de estos días. Los grandes y los gobernantes de los países poderosos se enfadan porque otros pueblos más pobres tengan material nuclear. Ellos sí lo pueden tener para «disuadir», dicen. Mentiras todas. El mundo peligra. El poderío negativo crece y puede desbordar el propio control humano. De hecho, ya se desborda por muchos caminos graves, pero que aún no parecen alarmar lo suficiente. La carrera nuclear es una locura que se dispara.

Mientras tanto, observo a la gente de mi comunidad y de mi pueblo y veo que cada día estamos mas planos, más estirados, más alejados de la sensibilidad humana, más programados, más distantes de la Fuente. El egoísmo humano se apodera de los grupos de poder, y la gente se agrupa para defender sus intereses; pero, en el fondo, todos estamos cada vez más indefensos y sometidos a la dictadura de nuestros peores sentimientos y decisiones. Nos alejamos de Ti. El denominador común de nuestra pequeña burguesía tiene miedo a perder su puesto de trabajo, a quedarse fuera de la alambrada de seguridad y de protección, aunque también sea deplorable lo que está pasando dentro. La violencia crece, y el deterioro del planeta igualmente.

El periódico de cada día.

Acabo de tomar el café de la mañana. He estado charlando con algunos amigos, he hojeado el periódico, me he detenido en lo relativo a las pruebas nucleares. Ahora, en cinco minutos, mientras vuelvo al trabajo y me coloco, te busco. Las noticias del periódico me llevan hoy y cada mañana a intentar entrar en tu presencia y a gri-

tarte con voces sordas lo que está pasando, aunque Tu ya lo sabes, y creo que intentas tocar el corazón de hombres y mujeres generosos que, desde su conciencia humana, se comprometan a mantener viva y en paz esta tierra fértil y hermosa. No cabe duda de que ahora, en tu presencia, todo se vuelve más sereno. No es que seas Tú quien quite hierro a lo que está sucediendo, pero sí eres Tú el que devuelve la confianza y el deseo de seguir luchando pacíficamente para que el mundo cambie, para que las situaciones sean dignas para todos los hombres, para que se respete la naturaleza y no se la someta a más presiones peligrosas para todos los seres vivos. Y me tranquiliza volver a tomar conciencia de que todo está en tus manos, de que somos obra tuya y de que tu poder está por encima de todos los demás poderes negativos que confluyen en nosotros. Me sereno, me vuelve la sonrisa y pongo manos al trabajo.

Todo esto ha sido en un abrir y cerrar de ojos, entre la mirada al café con leche que me servía la señora del bar, entre las líneas de la prensa y las palabras de los amigos, en el paseo de vuelta... en estos gustosos diálogos a corazón abierto y silencioso, pero rodeados tantas veces del ruido de cuantos nos rodean, fuman, hablan sin parar, beben... Una perforación.



MARTES 9

La cena ha sido sencilla y llena de generosidad, tanto en los gestos como en la palabra que nos han servido de base para la comunicación. Los cuatro hemos estado muy contentos. Hacía tiempo que no nos veíamos, años. Pero no parecía que hiciese tanto. El repaso que hemos hecho a nuestras vidas ha sido muy importante. Sara lleva ya años divorciada. Divorciada a la fuerza, pues el marido del que estaba profundamente enamorada la abandonó. María José y Félix son un matrimonio sin hijos, trabajadores y sencillos. La amistad nos unió hace años, y de vez en cuando, ya más tarde que pronto, nos encontramos para dialogar y para repasar la vida. Nos ha ayudado mucho, como siempre, la sinceridad. El encuentro viene a resultar como una terapia humana.

Ellos son creyentes, pero están alejados de la vida oficial de la Iglesia. Siempre me impresionan estos hermanos que pueden pasar olímpicamente de la Iglesia. Es uno de mis grandes amores. ¡La Iglesia! Pecadora. Cuánto no conocerá un cura viejo como yo de su Iglesia, de los miembros clérigos y laicos de su Iglesia. Pero es la Iglesia, el cuerpo del Señor, el camino para el encuentro diario con el Señor. Encuentro que se produce en las fragilidades, en los pecados y en la santidad de sus hijos, en sus sacramentos, en tantos encuentros, en tantos trabajos sencillos pero que son expresión de un amor entrañable, el de Dios, que sentimos muy dentro. Pero ellos, mis amigos queridos, que han participado como yo en otros momentos de la Iglesia, ahora no la necesitan, se escandalizan de ella, pasan de ella.

Los amigos

He montado en el coche. Atraído por Ti, comienzo a perforar. Me he sentido muy feliz por todo lo que he vivido. En seguida me coloco en tu presencia para darte gracias. Y Tú me llevas al huerto del por qué estos amigos andan tan tranquilos fuera de la Iglesia.

No tengo palabras que decirte, lo sabes. Sólo me siento invitado a dar y a dar testimonio. Comprendo su postura, pues hay que tener sentido para tragar tanto como hay que tragar cada día en las relaciones intraeclesiales, y hay que tener una fe especial para encontrar ese sentido que nos hace perseverar y trabajar en el interior de la vida eclesial. «La Iglesia, me vienes a decir, necesita mucha purificación para que vuelva a entusiasmar a los seres humanos. Vosotros tenéis que llevar a cabo esa tarea». Me guardo la responsabilidad en el bolsillo y te ataco un poco, diciendo que tienes que ser Tú quien ponga más empeño del que hemos visto a lo largo de los siglos. Pero aminoro el gatillo que me sale. ¿Quién eres tú? Soy, por la gracia, hijo tuyo. Me consuelas más de lo que merezco. Y yo me vuelvo a salir con la póliza de responsabilidad debajo del brazo. Hemos de implicarnos positivamente en el servicio eclesial, y hemos de hacerlo con gozo y alegría. Es un reto grande, pero es maravilloso que cuentes conmigo para estas aventuras. ¡Gracias!



JUEVES 25

El Mercadillo estaba rebotante de personas, de géneros, de sonrisas y de griterío. Tenía que comprar una pecera sencilla para un niño, para alegrar la vida de un niño amigo. El paseo por el Mercadillo siempre es dificultoso, pues son muchas las personas conocidas con las que hay que pararse y preguntar por los hijos, por los enfermos, por las ausencias, por los exámenes, por las goteras, por la depresión, por el alejamiento... La sonrisa natural se siente un poco cansada en la me-

dida en la que el camino se va alargando y los minutos van pasando sin compasión.

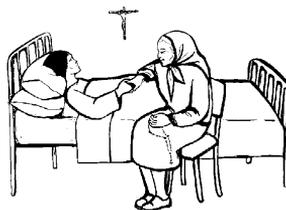
El objetivo de comprar una pecera va pasando a un segundo lugar, para acabar convirtiéndose en una mera disculpa para sentir que Tú me has traído esta mañana al Mercadillo para ver a quienes estoy viendo, para saludar y hablar a los que lo estoy haciendo. Marisa iba con sus cinco hijos, como una gallina con sus polluelos. Todos se han tirado a mis brazos. ¡Están tan necesitados de cariño...! Me cuentan y no paran sobre los malos tratos recibidos, sobre la necesidad de dinero para cuestiones elementales, del problema hepático de uno de los niños, del posible raquitismo, de los miedos que tienen, del herpes que ella padece... Le pido que coma, que se cuide un poco. Hablamos sobre las ayudas que le prestamos entre todos, de la gente maravillosa que la acompaña... Mientras tanto, sigue pasando gente que nos saluda, que se para a besar a los niños...

El pueblo y el mercado.

Quando llegué al puesto de las peceras, agilité lo que pude la compra y salí con prisas del Mercadillo. Necesitaba hablar contigo, Señor. Necesitaba perforar. Se me escurrieron unas lágrimas y me serené: volví hablando, silenciosamente, con tu Espíritu, por las calles, con mi pecera en los brazos. Ya no puedo decir si vi a más gente, si me saludaron, o si el mundo desapareció. Ahora solo me interesabas Tú. Sólo quería hablar contigo. Tenía muchos deseos de contarte todo lo que el pueblo ha transmitido, todos sus dolores, todas sus angustias, todas sus alegrías. Por cierto, que hay que darte las gracias por la operación de Miguelito, el hijo de los vecinos, que ha salido muy bien. Marisa necesita, como nadie, soluciones, para ella y para sus hijos. El pueblo, las personas: una maravilla. El Mercadillo es un ámbito privilegiado para encontrar motivos de en-

cuentro, de reunión y de relación contigo. ¡Gracias! Merece la pena vivir en esto poco y sencillo. Así me siento persona, me siento cristiano, me siento sacerdote.

MARTES 30



«Alfonso tiene algo en el bazo.

Estamos muy preocupados. Su mujer, que es medico, no hace más que llorar...» Fue la comunicación de mi amiga, la hermana de Alfonso, por teléfono... «Alfonso sigue peor, parece que todo indica una leucemia. No te puedo contar cómo está el ambiente familiar. Siento ganas de llorar al ver sin consuelo a mi cuñada y el asombro con que mi sobrinita nos mira, sin saber lo que le pasa a papá, pero con una ternura y una preocupación que nos impresionan fuertemente. Mi madre, ni te cuento...».

Acabo de tener este encuentro telefónico, en dos momentos distintos y sucesivos, con mi amiga Luz. Como siempre que llega la enfermedad grave, sorpresivamente, a la vida de un hombre joven, nos sentimos presa de parálisis y acosados por preguntas sin respuesta.

Un silencio frío

Así es como he experimentado, Padre, esta perforación silenciosa. Tú sabes que hay motivos pequeños que nos llevan a buscarte con suavidad, pero hay situaciones brutales que nos llevan casi, casi, a regañarte, a tener una pequeña bronca contigo. Pero es inútil, lo reconozco. No sirve de nada. «En la vida y en la muerte somos del Señor». No hay posibilidad de abroncarte. Al contra-

rio, el silencio se me escurre de tal manera que paso de la excitación a la calma y a la aceptación. ¿Quién eres tú para dar las soluciones a la vida y al Señor? Siento profundamente la situación que puede tener Alfonso dentro de sí. Él no es un creyente explícito. Pero la fe del corazón sólo Tú la conoces. Siento su drama y de algún modo te lo paso, aunque te sé al corriente de todo. Siento el dolor de su familia y te lo paso también, aunque sé que estás haciendo una tarea impresionante a través de Luz. Me apasiona esta mujer. ¡Qué relaciones tiene contigo! Gracias. Padre, por permitirme perforar el vacío y el dolor de la enfermedad. Ahí en lo profundo siempre estás Tú. ¡Qué serenidad!

